

cias surgió y fué perfilándose la industria del calzado en Elda? En aquellos años de mediados del siglo XIX —del romántico siglo XIX— ¿qué hechos determinaron el nacimiento de esta hoy poderosa actividad fabril? Nada entonces estimulaba el acometer tal empresa; lejos de las fuentes productoras de primeras materias esenciales, faltos de conocimientos técnicos, sin operarios especializados, sin ningún género de facilidades; ¿qué movió a nuestros bisabuelos a dar los primeros pasos en una labor completamente nueva para ellos y en la que, lógicamente, todo habian de ser al principio inconvenientes, obstáculos e imperfecciones? Todos, absolutamente todos, hemos de encontrar en el relato de tales principios, sabrosos e interesantes datos, anécdotas, noticias sorprendentes e insospechadas que nos harán sonreír unas veces y admirar siempre la labor de quienes nos precedieron.

¿Sabe el actual viajante de calzado, acostumbrado a pasear por todos los puntos de España sus voluminosos maletos con interminables muestrarios, que en aquellos comienzos de industria no había viajantes, ni apenas muestrarios y que los mismos fabricantes acudían a las ferias y mercados de los pueblos y vendían allí sus manufacturas?

Y al zapatero de hoy, ¿no le interesaría saber que entonces sólo se usaba una horma, es decir que no había pie izquierdo y derecho, sino horma única para ambos pies? Y la aparadora, ¿no se sonreirá cuando lea que en los comienzos de la fabricación no se usaban máquinas de ninguna clase y que todo el trabajo del aparato se hacía a mano? Luego, cuando las primeras máquinas de coser llegaron a Elda, no fueron gentiles obreras las que las manejaron primeramente, sino barbudos varones, japaradores!

En aquellos tiempos de la Edad Antigua zapateril la variedad en los modelos era escasa o casi nula; unos mismos tipos se eternizaban; ¡aquellas botas, aquellas palonesas de innumerables botones que también han de recordar todavía muchos eldenses!

Eran los años de «la Luisilla», del «Luisillo», del «tío Guiña», del «tío Castellano», del «tío Eduardo el del Portillo» y algunos otros más, avanzadas audaces del ejército de zapateros que después había de seguir sus pasos.

Desde ese empezar hasta la plenitud fabril de nuestros días, hay toda una historia que escribir, y a todos nos corresponde aportar datos, documentos, relatos, tradiciones orales, anécdotas que debidamente organizadas y ordenadas formarán un interesante reportaje del desarrollo de nuestra industria local.

En carpetas, en antiguos legajos, deben estar durmiendo el sueño del olvido papeles valiosos para esta historia, y en la memoria de muchos eldenses habrá almacenadas noticias interesantísimas referentes a lo mismo. Vamos a recopilar unos y otros, llevados del cariño que todo lo local nos ha de inspirar, para redactar, entre todos, los capítulos maravillosos de una crónica que no debemos permitir falle más tiempo de nuestro pueblo.

Y que todo ello redunde —porque yo es horn de que se ensalce en todo su mérito— en alabanza y homenaje de nuestros antepasados, que al poner la primera piedra de este monumental edificio, tal vez no pudieron soñar siquiera hasta qué alturas triunfales se había de elevar con el paso de los años.

Y que también sirva de estímulo y acicate a los que hoy —unos al timón y otros al remo— llevan adelante, contra viento y marca, esta enorme nave de la industria zapatera en Elda, que al cumplir los cien años de edad se muestra más poderosa, más firme y con más timbres de legítimo orgullo cada día.

¡Eldenses al INFIERNO!



SEGUNDA PARTE
PRIMERA JORNADA

NOTA: Para evitar jaleos, se advierte nuevamente que toda semejanza de los personajes y situaciones de este relato con personas de verdad será pura coincidencia y ajena a la buenisima voluntad del autor.

por EL DUENDE
DEL MONASTIL

HE aquí, amigos de DAHELLOS, cómo huyendo de Scita dí en Caribdis y cómo por no mojarme caí de cabeza en un pozo. Cuidaba amorosamente la llave que encerraba la Divina Comedia para que su nefasta influencia no me llevara otra vez a tan siniestros lugares, pero no me valió mi cuidado, pues para mi mal comencé a leer «Las Zahurdas de Plutón» de nuestro inmortal Quevedo. Leído que hube unas páginas se apoderaron de mí las agonías de la muerte: «Infierno tenemos» me dije. Y efectivamente, todavía no había apoyado la cabeza en la almohada cuando un violento tirón me puso en pie y me arrastró al Erebo tenebroso en donde solo me esperaba el dolor. Y he aquí las escenas lastimosas que para mi desdicha hube de ver.

Nuevamente me ví descendiendo por una interminable escalinata flanqueada de grandes llamaradas. Los peldaños era tan resbaladizos que a duras penas se podía conservar el equilibrio para no rodar hasta el oscuro fondo de la escalera. Fijéme en la forma de éstos y cual no sería mi sorpresa al ver que estaban formados por libros modernos, novelas de aventuras (en las que cada página traía su correspondiente ahorcado, apuñalado, despedazado y otras menudencias por el estilo); novelas blancas y rosas, alguna de las cuales la incierta luz de la llamarada trocaba en verdosas. «¿Qué es ésto? —díjele a mi nuevo guía— ¿Qué hacen aquí estas novelas?» A lo que contestóme éste: «Estos son los últimos tramos de la gran escalera que comienza en las librerías circulantes eldenses y concluye en el más hondo círculo infernal. Antes, el Diablo se arruinaba pagando tesoros por adquirir un alma, por corromper las buenas intenciones y cualidades de un hombre. Ahora hacemos Economía. Con dejarles que lean unas «novelicas Pueyo» «F. B. I.» y otras estupideces de ese jaez conseguimos igual resultado con menos gasto.

Admiróme la sagacidad diabólica y pensando en ello estaba cuando dejamos la escalinata y penetramos en un ancho foso del que salían unos mur-

mullos apenas audibles. Mirando con más atención ví unas puertas de las cuales salían los murmullos. Al ver mi curiosidad, mi guía abrió una de aquellas puertas y tuve que dar un salto atrás tapándome los oídos ante el horri-sono estruendo que de su fondo salió. Un dúo horrendo estaba entablado en aquel lugar, estrecho como un ataúd; un hombre, la faz verdosa, y los oídos tumefactos y violáceos sollozaba, gemía, aullaba y suplicaba cesara su tormento. Y éste era, simplemente, un altavoz que transmitía los últimos boleros de Machín, las empalagosas creaciones de Bonet de San Pedro, las más insopor-tables latas de moda, como el Rascayú, El Caimán, La Raspa, etc; las más he- diondas "machoterías" de Negrete. Todo ello, suficiente para enloquecer a un ladrillo, avalorado con la elevación del diapasón hasta extremos destructores de tímpanos.

—Estos son los de un cine muy ideal. Están castigados al mismo suplicio que someten sesión tras sesión al infelice espectador con el pretexto de ense-ñarle los cromitos publicitarios. Por su vesanía y maldad, por destructores concienzudos de tímpanos, helos ahí sufriendo eternamente su castigo.

Compadécime al pronto de aquellos desdichados, pero recordando las veces en que casi lloraba de rabia en mi butaca aguantando el estruendo horro-roso del altavoz en los estúpidos "descansos", me sentí feliz y seguí andando.

Cercano a aquel foso encontramos una amplia caverna de cuya existen-cia se enteraron antes mis narices que yo. Y no digo esto porque tropezara, sino por el espantoso hedor que de allí salía. Mezclad unos cuantos perros muertos, huevos podridos, mofetas atemorizadas, vaharadas de liliáceas y otros gratos sahumerios por el estilo y hallaréis aromas de sándalo en comparación con los efluvios que de aquí salían. Quise huir pero mi guía no permitió el alejamiento que tanto ansiaban mis narices martirizadas. "Es necesario que veas esto, —dijome— para que se enteren los eldenses que del Infierno no escapará nadie. Mira ahí". Y ahogándome del hedor miré lo que me enseñaba. Había bastantes hombres allí, sumidos en un mar de cieno y excrementos, braceando y pataleando para no hundirse en el pestífero légamo. Sus narices estaban ya hechas un bulto informe por el escozor y aprensión que en ellas causaba aquel olor infernal. Y, ya lejos de la caverna, mi guía me enteró de qué era aquello, diciéndome:...

¿Qué fué lo que me dijo el guía? ¿Quiénes eran aquellos hombres y porqué estaban allí?

Leed en el próximo número de DAHELLOS la continuación de este interesante episodio.

Los 2 caminos
por ALBERTO NAVARRO

UNA esbelta figura enlutada pasea lentamente por los jardincillos de Serranos, matizados de sombras acogedoras a la luz incierta del crepúsculo. La enlutada se sienta en un rústico banco, bajo un eucalipto y mira cansadamente en torno suyo.

El roce de las aguas fungosas del Turia sobre su limoso cauce produce un murmullo adormecedor, como un bisbiseo de rezos al sol que muere.

El "Puente de Madera" sigue emitiendo sordas vibraciones producidas por el pasar y reparar de las gentes sobre sus tramos de carpintería, gastados por el oleaje diario de afunes apresurados. Las gemelas y almenadas torres, besadas por la cárdena caricia crepuscular, sonrien paternalmente al extender su sombra sobre parejas que pasean muy juntas mirándose largamente.

No muy lejos, las voces de bronce de la torre del Micalet surcan los aires llevando a toda la ciudad el pregón horario.

La entutada inclina la cabeza. Una sombra serpentea rápida sobre su figura, se detiene un punto y pasa. Tras unos segundos, la sombra torna a posarse en la negrura de su alario... —¡Carmen! ¿Eres tú?

La entutada alza el rostro donde todavía brilla una lágrima. La blanca faz se ilumina al exclamar: —¡Roberto! ¡Qué alegría encontrarle!

—Pero ¿y esas vestiduras... ese luto? ¿Acaso...?

La entutada, Carmen, baja la cabeza con un sollozo...

—Sí, Roberto. Justo murió. —¿Y Justito, tu hijo?

—También... Estoy sola en el mundo —y tras una pausa— Me he alegrado mucho de encontrarte.

A hurtadillas mira el rostro noble y entristecido de Roberto. Musita:

—Se que te dolió mucho mi boda con Justo... Yo hubiera querido que no sufrieras por mi causa —Calla, Carmen. Hiciste lo que debiste hacer. Si te hubieras casado conmigo... Los dos callan. Al poco él dice: —Tal vez hubiera sido diferente tu suerte. —Tal vez...

Carmen cierra el libro que ha intentado leer sin conseguirlo. Las letras huyen ante sus ojos y forman líneas grises; las palabras carecen de significado dominadas por las que forman la frase que bulle en la mente de Carmen. Si te hubieras casado conmigo...

—¿Qué habría ocurrido? ¿Se habría librado de los sufrimientos y penas que la habían atenazado? ¿Estuvo su vida ante dos caminos perfectamente delimitados, de los cuales escogió el más triste, o bien estaba predestinada al sufrimiento, escogiera cual quisiera?

La tarde se disuelve en un largo crepúsculo. Una flor marchita en un vaso gime su abandono. Las cuatro paredes del cuartito se borran, se esfuman. En la pantalla de su imaginación, Carmen ve el pórtico de una pequeña iglesia mientras, muy amortiguados, percibe los compases de la "marcha Nupcial" de Lohengrin... Se ve ella misma, vestida de blanco y coronada de azahar, saliendo de la iglesia, aclamada por gran gentío. El hombre que sostiene la leve presión de su brazo se vuelve a ella y la mira cariñosamente... ¡Es Roberto!

Gira alocadamente la estampa; gira angustiada la mustia flor... ¿Y Justo? Porque éste es Roberto, sin duda alguna.

Y el mismo rostro varonil que la mira amorosamente sigue sonriéndole entre los peñascos de Montserrat, bajo las bóvedas místicas del Pilar, ante la geométrica severidad del monasterio escurialense, entre las callejas retorcidas de Toledo, bajo la mirada triste de los Caballeros del Greco... Su itinerario nupcial.

Ha aparecido un niño entre los dos. Un niño rubio de mirada inteligente. ¡Claro, —se dice Carmen— es Justito!

Pero no, no son sus ojos, no es su sonrisa un poco triste. Esos ojos tienen el mismo azul desvaído que los de Roberto.

Carmen se agita inquieta en su duermevela. Silenciosa, tétrica, ha aparecido una forma alargada y negra, cuya sombra se ha proyectado sobre Roberto y su hijo, que van diluyéndose en élla, fundiéndose en el aire. Carmen ha quedado sola entre crespones negros y penas más negras todavía. Un "ritornello" de sollozos la acompaña día y noche, sumiendo su mente en un vacío que no se borra con nada.

Carmen llora silenciosamente. Era su destino inevitable. Estaba sentenciada desde su nacimiento a la pérdida de su felicidad, a ver segadas en flor sus más queridas ilusiones de esposa y madre.

Suena el timbre del teléfono.

Maquinalmente descuelga el aparato que se acerca al oído. La voz de Roberto, a través del hilo, dice anhelante: —¿Eres tú, Carmen? Oye...

Carmen, deja caer el auricular sobre la mesita, junto a la flor mustia y se cubre el rostro con las manos, mientras del fondo de su alma le suben ahogados sollozos. En el auricular, descolgado, sigue brotando la voz suplicante de Roberto.



Mis buenos amigos

Me dijo que fabricaba
no sé cuántos miles pares;
que se iba a comprar un coche;
que pensaba edificarse
un chalet; que iba a comprar
otra fábrica más grande;
que iba a necesitar pronto
sus seis o siete viajantes...
Me habló de miles de duros.
Me dijo que el año entrante
pensaba juntar lo menos
sus diez millones de reales...
Y acabó, campechanote,
rumboso como un magnate,
pidiéndome finamente
diez pesetas para el viaje.

Me lo encontré calle abajo
por la Rambla, en Alicante.
Los zapatos de lustroso
charol, corbata flamante,
cuello erguido, pelo atrás,
el pecho echado adelante,
y una sonrisa de triunfo,
y una arrogancia y un aire
de «a mí tó me importa un pito»,
que yo me dije al instante:
éste debe ser de Elda;
se le conoce en el aire;
mis paisánicos rumbosos
no se confunden con nadie.

Lo abordé; le di un cigarro,
y hablamos, calle adelante,
de zapatos, de negocios,
de clientes, de viajantes...

Ayer lo volví a encontrar,
que bajaba por la calle
de Jardines, como siempre,
tan marchoso y arrogante.
¿Y qué diréis? ¿Que me dió
mis dos duros?... ¡Ah, tunante!
Lo que me dió fué —más vivo
que el Litri en sus grandes tardes—
un esquinazo como una
puñalada en mala parte.

EL DUENDE DEL MONASTIL

Yandira

Yandira va silenciosa
por la fronda de naranjos;
es de pluma, rosa, lirio
la ternura de sus pasos.

Va descalza y misteriosa...
La gramilla está soñando
la caricia de sus dedos
mimosos y sonrosados.

Va avanzando leve, ingrávida
silente de cielos altos.
Por fin se detiene plácida
a mirarse en un remanso.

Suelta al viento la cascada
negra de su pelo largo.
Ve agitarse dos palomas
en su pecho de alabastro.

Divina, como la estrella,
desnuda su cuerpo blanco,
se inmerge en la linfa clara
como Leda, palpitando.

(¡Oh, Yandira, dulce náyade
por quien Silio, suspirando
fina ya su triste vida!)
Es un pétalo en el lago.

Silente albor va emergiendo
como del azul el astro;
se inunda en el beso blondo
de un sol lujurioso... y casto.

Por entre frondas dormidas
tornan sus alados pasos;
lleva en el alma cadencias
de los panales rimados.

Muere la tarde. El paisaje
se oscurece en un desmayo:
aparece el gran silencio
de las estrellas temblando...

(La madre de Silio apenas
cielo y tierra con su llanto).

Y cuando la luna, mansa,
se derrama sobre el campo,
Yandira hiende imposibles
con sus ojos enigmáticos.





La Corona de ESPINAS

por JUAN MADRONA

No es engendro de mi fantasía lo que voy a narrar en estos renglones; es un hecho real, absolutamente verídico, acaecido hace años en una población no lejos de Elda. Nada me costaría citar fechas, lugar y nombres y apellidos; pero prefiero quede mi relato en esa semipenumbra de lo legendario para dejar a mis lectores y lectoras un margen de ensoñación y de divagaciones piadosas.

Hay en una vieja ermita que se yergue entre viñedos y olivares, como atalaya de vastas lejanías, una imagen de Cristo yacente, si no muy excelsa en méritos artísticos, si muy sugestiva por la venerable antigüedad de su tallado y por el hulo casi milenario de fe robusta y de temerosa veneración que lo envuelve desde generaciones inmemoriales.

La ermita es oscura, silente, recogida, oliendo a campo roturado y a exvotos centenarios. Y en la temerosa penumbra de las arcadas desconchadas, la imagen del Cristo yacente es una pincelada de sobrecogimiento místico, con su faz lívida y sanguinolenta, con su áurea corona de espinas, que fulge sobre las divinas sienes martirizadas.

Los niños no se atreven, devotamente aterrados, a acercarse a la imagen sepulcral. Las viejas se acercan sigilosas, estremecidas, hechas un ovillo de piadosos temores, acongojadas y cautelosas, como aturdidas por un rotundo grito inferior que desde sus pobres corazones se levantara entonando un trágico y paroroso Dies Irae.

Un día se estremecieron de santa indignación las buenas gentes del pueblo. Manos sacrílegas se habían acercado al Cristo con grises intenciones de pecado y habían arrancado la corona de oro que nimbaba la augusta cabeza nazarena. Indudablemente el ladrón que había osado profanar la centenaria beatitud del Cristo de la ermita no podía ser de aquella vecindad. Pero todos los habitantes

del pueblo se sobrecogieron, ante el temor de un castigo del cielo. Y cuando se acercaban ahora a la sagrada imagen expoliada de sus atributos de redención, los ojos asombrados se detenían, temerosos, en el orificio que una de las espinas había dejado en la divina sien casi traslucida, y una temblorosa oración deprecatoria se elevaba de todos los labios al comprobar que junto a aquel orificio había unas gotas de sangre fresca y roja.

En una humilde casa mordida por todas las dentelladas de la miseria y atosigada por todos los venenos de la incredulidad más abyecta, yace un hombre en su lecho de dolor, víctima de una enfermedad que la ciencia desconoce y que lo lleva rápidamente hacia el fatídico desenlace. Tiene en la sien una pequeña herida, una leve punzadura que le supura incesantemente; y alrededor de la cabeza una sinuosidad morada y túrgida que le produce dolores insufribles. Lentamente, se va hundiendo en una atroz agonía. Sus ojos vidriosos ya no ven los objetos y personas que le rodean. Sus pobres manos, como ateridas por una maldición divina, se crispun en gesto desesperado, queriendo arrancar de su cabeza algo que le oprime con mortal agonía. Su vida torva y oscura se acaba en atroces estertores... Delira. Y de sus labios sucios se escapan truncadas frases de congoja mortal: ¡La corona de espinas...! ¡Perdóname, Señor!

La absolución del sacerdote cayó sobre la frente del enfermo, calmando sus delirios y haciendo brotar la flor de una sonrisa sobre los labios del moribundo. Poco después espiraba.

Entonces se divulgó por el pueblo el relato del robo sacrilego. Tras una noche de excesos bacanalescos unos despreocupados habían entrado en la ermita. El menos escrupuloso de ellos había arrancado la corona de espinas del Cristo yacente y se la había colocado sobre su propia cabeza de borracho sacrilego, en una torpe burla de los sagrados misterios redentores. Pero con tan mala suerte lo hizo, o, mejor acaso fué tan rápido el castigo del cielo, que entre bromas y empujones de sus amigachos su cabeza satánicamente coronada de espinas fué a chocar entre una pared, y una de las espinas de oro se clavó, como arma de la maldición divina, sobre la sien abotargada del sacrilego.

Han pasado ya algunos años. Conducida por el suave cauce del sacramento penitencial ha vuelto la corona de espinas a la divina cabeza yacente en el sepulcro. Pero sobre las sienes de Cristo quedan unas manchas sanguinolentas que nadie ha intentado borrar y que perfuman como una flor de leyenda la sien amoratada del venerado Cristo de la Ermita.



VIDA LOCAL

PRO-BIBLIOTECA.—El día 12 del cle. visitó a nuestro Sr. Alcalde una comisión formada por D. Joaquín Campos Fernández, D. José Sedano Serna D. Alberto Navarro y D. Juan Madrona para exponerle con todo detalle la conveniencia y oportunidad de crear una Biblioteca Pública Municipal, proyecto del que ya hemos tratado en nuestros cuadernos. Nuestra primera autoridad acogió la idea con simpatía, como era de esperar dado el fecundo impulso que viene dando a cuanto tiende a engrandecer a Elda en sus mejores aspectos y prometió interesarse para que tan hermoso proyecto sea pronto una realidad, estando actualmente en formación la Junta Reglamentaria que ha de dirigir la Biblioteca.

F. E. T. y de las J. O. N. S.—Como noticia destacadísima en las actividades de la Jefatura Local, figura la constitución del Seminario de Formación Política, en el que se han desarrollado dos importantes clases a cargo de los camaradas Joaquín Campos y José Sedano Serna. Figura como Jefe de este Seminario, el camarada Joaquín Campos Fernández, Director de las Escuelas Graduadas, quien con extraordinario acierto y a las órdenes del Jefe Local, camarada Manuel Esteve, viene desarrollando una excelente labor.

VIDA PARROQUIAL.—Tuvimos en este mes la tradicional bendición de las candelas y el triduo de las 40 horas en honor a Jesús Sacramentado, que durante los días en que estuvo expuesto fué acompañado por autoridades, Jerarquías y miembros de A. C. y Congregaciones Parroquiales. Comenzaron los 7 domingos en honor del Patriarca San José y la lectura diaria de los ejercicios del Padre Valverde y el Santo Via-Crucis durante los días cuaresmales. Obras de reconstrucción del Templo en el año 1950: Ingresos 41.329'91 Pagos 29.995. Existencias a fin de año 11.334'91.

Dos grandes acontecimientos religiosos habrá en nuestro hermoso Templo en el mes de Marzo: las Ordenes Sagradas que el Excmo. y Rvdo. Sr. Obispo de la Diócesis va a conferir a más de 60 seminaristas y la primera Misa que un hijo de Elda, el Rvdo. D. Miguel Conejero Pérez, va a celebrar el día 11, siguiendo de su ordenación. En la tarde del día 10 tendrá lugar en el Teatro Castelar un magnífico concierto por la Schola cantorum del Seminario Diocesano.

DE LAS FIESTAS.—Se constituyó la Junta Central de Comparsas de Moros y Cristianos de este modo: Presidente, D. Julio Beneit Navarro; Vicepresidente, D. Justo Alcázar Ibarra; Tesorero, D. José María Juan Arenás; Vocales, los presidentes de las 9 comparsas constituidas. Entre los nuevos proyectos que figuran para el año actual, uno importantes es la instalación de un servicio de allavoces para que puedan ser escuchadas perfectamente las embajadas. La necesidad de esta innovación fué destacada por DAHELLOS en Marzo de 1950, por lo que nos satisface doblemente la decisión.

NUEVO COMANDANTE DEL PUESTO DE LA GUARDIA CIVIL.—

Tomó posesión de su cargo el Sargento D. Francisco Ferrando Casad, recientemente destinado a esta comandancia. DAHELLOS le transmite la más cordial bienvenida a nuestro pueblo y le desea una dilatada y grata estancia entre nosotros.

DEPORTES.—Parece que ha comenzado la esperada recuperación de nuestro titular, aunque todavía en este mes el balance es desfavorable: 3 partidos jugados, 5 goles a favor y 5 en contra. 2 encuentros perdidos, uno en casa frente al Segarra en la tarde más aciaga que le hemos conocido al Eldense, y uno ganado en una magnífica tarde frente al Imperial murciano. Se realizan todavía gestiones para reforzar el conjunto.

Como nota deportiva destaca figura el magnífico triunfo del Pizarro frente al Cuenca, al que venció por 4 a 0 en partido correspondiente a la semifinal del Campeonato de España del F. de J.J., teniendo que desplazarse próximamente a Teruel, donde jugará las eliminatorias finales representando a la provincia.

AJEDREZ.—El 5 de este mes jugó unas simultáneas en nuestra ciudad el campeón nacional de Ajedrez Arturo Pomar, invitado por el Club de Ajedrez Ruy López. En el salón cedido por la Juventud de Acción Católica en su sede derrotó a los mejores jugadores de Eldu y Petrel, perdiendo solo frente a Miguel Sempere y empujando con D. Vicente Mari. Los 18 restantes tableros hubieron de doblar su rey ante la maestría del que fué niño prodigio y es hoy figura estelar en el Ajedrez nacional.

PETICIONES DE MANO.—Por Doña Rosario González, Vda. de Gras, de Alicante y para su hijo D. Ernesto, culto Oficial Instructor Profesor de Educación Física del Instituto de Enseñanza Media y de la Escuela Normal del Magisterio, de la capital, fué pedida a los Sres. de D. Pedro García Amat la mano de su encantadora hija María de la Salud, siendo fijada la boda para el próximo mes de Abril.

Por D. Juan Giménez Torregrosa, director que fué de la Caja de Ahorros del Sureste de España, de esta población y su distinguida esposa, para su hijo D. Ramón fué pedida a los Sres. de Benedit (D. Mariano), la mano de su bellísima hija Toti. La boda se celebrará en la próxima primavera.

NATALICIO.—Dió a luz un precioso niño, a quien se impusieron los nombres de Miguel Angel, la esposa del Teniente Jefe de Línea de la Guardia Civil, D. Francisco Escribá Martínez. DAHELLOS transmite a los dichosos padres la más cordial felicitación.

LETRAS DE LUTO.—Tras larga enfermedad falleció D. Joaquín Vera Coronel, de la firma «Hijos de Gabriel Vera García». DAHELLOS se une a la pena de sus familiares y les transmite el testimonio de nuestra sentida condolencia.

El día 4 de Febrero terminó sus días la señorita Otilia González Madrid, Titulada Mercantil, cuyo sepelio, a pesar de lo desapacible del tiempo, fué una grandiosa manifestación de las simpatías de que gozaba la culta muchacha. Fué lectora entusiasta de DAHELLOS desde que apareció el primero de nuestros cuadernos. Que Dios la haya acogido en el seno de su misericordia paternal.

VICENTE VALERO

¿HABRÁ GUERRA?

Ante la gravedad de las noticias que llegan a nosotros desde todas las tascas de la ciudad, hemos nombrado «corresponsal de guerra de DAHELLOS» a nuestro compinche el Duende del Monastil para que nos envíe crónicas desde los campos de batalla. Desde el próximo número los lectores de DAHELLOS tendrán una información directa de los movimientos de las tropas moras y cristianas, de los planes que traman y de las batallas-empañadas. Leed las crónicas de nuestro enviado especial en la «guerra de los Moros y Cristianos» desde el próximo cuaderno.



ACTIVIDAD CRECIENTE

LA O. A. R. aspira a que toda la juventud eldense milite en sus filas y para ello presta su apoyo a aquellas entidades o clubs locales que por penuria económica, por falta de colaboradores, etc., se encuentran inactivas.

CICLISMO.—Nos es bien conocida la afición por este deporte y hemos hecho ya gestiones cerca de los entusiastas a fin de celebrar en la primavera próxima una buena carrera. Por nuestra parte aseguramos, además de otras cosas accesorias, un trofeo O. A. R. y unos premios en metálico que sean aliciente para la participación de corredores.

ORFEON «ALELUYA».—También esta Obra organizó en las pasadas Navidades un coro mixto que debutó en nuestro templo durante las festividades de Pascua y Año Nuevo. Sabemos de muchos jóvenes y hombres con aficiones al canto coral, y esperamos que se presenten para contar con ellos y emprender con entusiasmo el culto a tan elevado arte. Contamos con la colaboración de un entusiasta músico, y ello nos obliga a redoblar los esfuerzos en pro del orfeón. Vamos a ver si reverdecemos los laureles de aquel famoso Orfeón Eldense.

BALONCESTO.—Se ha iniciado el IV Torneo Local con la participación de los conjuntos Ancla, Propano y Coco, de la O. A. R., y Pizarro, del F. de J. También terminó a finales de Enero un campeonato local infantil, en el que quedó vencedor el conjunto Bahía. El domingo 3 de Febrero dió comienzo otro torneo infantil de este deporte en el que intervienen los equipos Bahía, Juvenil, Hércules y F. de J.

ARTE.—Se están realizando gestiones para la celebración de una gran Exposición Local de Pintura, Dibujo y Fotografía, que seguramente tendrá lugar en el próximo Septiembre. Para coadyuvar al éxito de este proyecto, brindamos la oportunidad de haber montado en el domicilio de la O. A. R. un Estudio para fomentar las actividades artísticas, habiéndose ofrecido para dirigirlo destacados profesionales locales. Los socios de la O. A. R. pueden solicitar la utilización de este Estudio.

TENIS.—En los días 4, 11 y 18 de Febrero se jugaron los partidos correspondientes a un torneo por parejas, interviniendo los siguientes: Chimo-García, Hermanos Verdú, Vera-Arellano, Juan de Dios-Albert. El último día se hizo entrega por el Presidente de la O. A. R. y Auxiliar de tenis de un trofeo a los Hermanos Verdú, campeones de este torneo. Los encuentros han sido una buena preparación para enfrentarse con los aficionados de la provincia, ya que es deseo de estos jóvenes deportistas eldenses medir sus habilidades con otros expertos en este deporte.



Idolillo al parecer púnico
hallado en el Monastil

Los recientes e importantes descubrimientos arqueológicos de Alicante y Villena traen a primer plano este tema. Las tierras alicantinas, han devuelto a la historia los restos de un poblado prehistórico de la edad del Bronce. Y en nuestra vecina Villena, hasta hace poco de nulo interés en este aspecto, se han logrado importantes hallazgos, como el último de una caverna sepulcral en el "Cabezo de las Cueras", que contenía restos de catorce individuos con todo su ajuar funerario de gran valor. Estos descubrimientos, unidos a los conseguidos no hace mucho han permitido formar un Museo Arqueológico Villenense que ha de ser valiosa ayuda para los estudiosos de esta ciencia. Todo esto nos lleva a contemplar el panorama arqueológico eldense, hoy lamentable, como todo panorama eldense fundado en la cultura. Merced a las investigaciones de aquel culto maestro que se llamó D. Juan Vidal Vera, (del que próximamente nos ocuparemos), que inició las excavaciones en el

Monastil; las posteriores en este mismo lugar y en el Trinitario de Antonio Sempere y D. Jesús Andrés (1) y las incontables excursiones domingueras de aficionados «de aluvión», frecuentemente recompensadas con importantes encuentros, se ha disipado algo, sólo algo, la oscuridad que sobre los comienzos de nuestra ciudad existía. Hoy sabemos que la primera vida de Elda latió en los riscos del Trinitario, en Bolón, hará unos 5.000 años y que posteriormente se estableció un poblado ibero en el Monastil, entre el río y la punta E. de la Torre-ta, y en lo alto de ésta, amparado en lo inaccesible del lugar por tres puntos. Son testigos de esta presencia los idolillos, monedas, medallas, cerámica y otros útiles encontrados. Incluso se dijo que se hallaron dos sarcófagos romanos, hoy de ignorado paradero como casi todo lo hallado. Es lamentable que todo este caudal de indudable valor se halle disperso, desaparecido o destrozado, y exige, para remediarlo, acciones inmediatas de recuperación, revalorización y establecimiento en un lugar asequible a los aficionados. A las Escuelas Nacionales, que ya albergaron gran número de objetos hallados, creo corresponde clasificar lo poco que queda, intensificar la afición en los jóvenes por estas investigaciones, y disponer la forma en que pueda ser utilizado el material recogido, formando

CONTINUA EN LA PAGINA 236

Romance de la despedida

Estaban secos tu ojos,
¡tus ojos como luceros!
brillantes como puñales
que se hundieran en mi pecho.

Estaban frías tus manos,
¡más frías que el mismo hielo!
En tus labios los reproches
fustigaban mi silencio
y yo... callaba apurando
la hiel de mis pensamientos.

Me parecía lejana
la caricia de tu acento,
como oculta entre las sombras
de inapresables ensueños...
que al despertar, nos dejaran
de nostálgicos anhelos,
de angustiosas añoranzas,
¡alma y corazón enfermos!

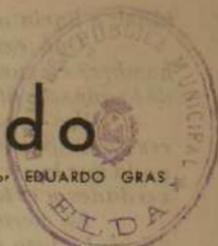
¡Qué largas aquellas horas...
y los instantes, ¡qué lentos!
cayendo sobre mi pena
como zarpazos violentos
de una fiera rebeldía,
de un insufrible tormento!

Pasaban lentas las horas,
y eran los minutos lentos
pero llegó galopando
aquel horrible momento,
estrujando nuestras almas
retorcidas de lamentos.

Estaban secos tus ojos
¡tus ojos como luceros!
brillantes como puñales
que desgarran mi pecho.

El Doctor Salgado

por EDUARDO GRAS



*V*IVIA solo. Llegó a Elda allá por el año 1918. Primeramente en la calle de San Roque, y luego en la que hoy se llama del 18 de Julio, en la casa n.º 4 de esta última, pasó los años de su extravagante existencia en Elda.

¿Cómo vino a parar, traído por los embates del mar de la vida, a este pueblo? Cuentan de desavenencias familiares, de historias oscuras, que trastornaron el cerebro del que pudo ser famoso médico y cirujano.

Pero no he podido aclarar con certeza cual fué la causa y cual la consecuencia: si los disgustos fueron origen de su apartamiento y extravagancia o si, al contrario, estas últimas fueron las que dieron lugar al drama familiar.

Sea como quiera, el Doctor Don Andrés Salgado fué vecino de Elda durante bastantes años, y su figura, aún hoy que ya está desdibujada por el paso del tiempo, resalta peregrina y pintoresca en el escenario de la Elda de aquellos años.

Era un buen médico y un experto operador: de ello no cabe duda, pues todavía pueden encontrarse en Elda testimonios vivientes —vivientes gracias a él— de su pericia en el manejo del bisturí.

Pero... era también un desastre de hombre. La higiene y la limpieza estaban reñidas con su idiosincrasia: el desorden de su vivienda se correspondía perfectamente con el de su cabeza.

Toda la casa era gallinero, desván, sala de consulta, patio... todo en una pieza.

En la vitrina del instrumental, siempre con una espesa capa de polvo, se arrullaban sus palomos, las gallinas paseaban como dueñas por las habitaciones; aquello era un desafío constante a la antisepsia. Y sin embargo, llevó a efecto muchas excelentes intervenciones con sus viejas herramientas profesionales.

En los últimos años de su vida tuvo por amigo inseparable un hermoso perro lobo, compañero de sus largas caminatas por los campos y alrededores de Elda. Muchas tardes los encontrábamos a ambos: eran una pareja singular, él vestido con un mugriento guardapolvo amarillo —amarillo en algún tiempo— calzado con zapatillas, cayéndole sobre los pies los arrugados pantalones; casi siempre llevaba y leía un periódico; y tras él, fiel compañero, el perro.

Allá iban los dos, habitantes de un mundo aparte, por los alrededores de la estación, cuesta arriba por las colinas que rodean la vía férrea, hasta el

túnel; o hacia abajo, por los Corrales, hasta el puente de hierro.

¿Qué extrañas fantasmagorías poblaban el mundo mental de aquel hombre? Se cuentan de él cosas sabrosas: aun quitando las tres cuartas partes de lo que se le atribuye, queda todavía un buen puñado de ocurrencias interesantes.

Era un médico brusco, áspero: más de una vez, al acudir a él los familiares de un paciente, su respuesta fué como una sentencia definitiva: «—No hay nada que hacer; se muere... y se muere.» Para él estaban de más las medias verdades y el tacto profesional.

En cierta ocasión, llamaron a su puerta: abrió y entró una mujer ya de edad. La hizo pasar... a la cocina, donde se había interrumpido en la preparación de una tortilla. Allí, en aquella original sala de consulta, se hizo explicar los síntomas de la enfermedad que aquejaba a la hija de la visitante, mientras él, sin perder de vista la sartén, se entregaba a la importante tarea de evitar que se le quemase la cena. Cualquiera hubiera asegurado que ni oía lo que le decían, que su cerebro estaba lejos de allí... o acaso todo ocupado en controlar la confección de la tortilla. La buena mujer explicaba y explicaba, un poco molesta al observar la —al parecer— escasa atención que su relato merecía. Acabó, convencida de que había perdido el tiempo inútilmente, y cual no sería su sorpresa cuando Salgado, sin volverse siquiera —la tortilla estaba casi a punto— le dijo, en su característico estilo: «—Señora, lo que su hija necesita es ir preparando unos pañales.» Y la singular receta no falló.

Queda dicho que era un buen médico, y que sólo a los desvarios que un ignorado drama familiar produjo en su mente se debió el que no alcanzara tal vez la fama en su profesión. Cuando el caso lo requería, parecía hacer un esfuerzo sobre sí mismo, apartando por un momento la niebla de su cerebro, y entonces se manifestaba como el cirujano de mano segura y vista experta, profundo conocedor de su oficio.

¿De dónde vino, de dónde era? Su vida debió encerrar un buen contenido novelesco, cuyos últimos capítulos tuvieron como escenario nuestra ciudad.

Aquí fundó la Mutualidad que llevó su nombre.

Un día gris del año 1938, sólo —más sólo que nunca— murió obscuramente en el Hospital Municipal. Ni un pariente a su lado, ni un amigo que le asistiese en sus últimos momentos.

En los Registros constará escuetamente, con la frialdad de los datos estadísticos, la muerte de Don Andrés Salgado de profesión Doctor en Medicina, vecino que fué de Elda...

Continuación de ARQUEOLOGIA ELDENSE

la «Colección Arqueológica Eldense», que ya contaría con abundante material de no haber prevalecido la incultura y la desidia, destruyendo estúpidamente el trabajo de los Sres. antes citados y otros en menor escala.

(1) R. y Y. - Algo sobre historia de Elda - ELDA EXTRAORDINARIO, Elda 1932

A. Sempere - Antecedentes remotos de Elda. ALBOR 1933.

J. Andrés Sinobas - Por el campo de la Prehistoria eldense - EL CRONISTA 1935.